

CANTO RODADO
ANA GAITERO

¡AY, LEÓN!

En aquel tiempo de vacas gordas salía el dinero por el grifo y ahora los ganaderos tienen que arrojar la leche al suelo porque no les pagan ni lo que vale el ordeño. Tiraban nuestro dinero por un tubo y aquí nació un campo de fútbol, allí un auditorio, más allá un museo, un edificio inteligente, un laboratorio nuevo en el extrarradio, un mausoleo de usos múltiples sin ningún uso en el parque tecnológico... Un centro de control del tráfico ferroviario sin tráfico que controlar.

Se cerró el Laboratorio Pecuario, los fondos europeos invertidos en convertir el Palacio de Jabalquinto en una lanzadera para las artesanías se colaron por el sumidero de un restaurante. La caja muerta clausuró la Casa de las Carnicerías, los alcaldes expulsaron los trenes de la ciudad y la estación de Matallana quedó en silencio.

Declararon la Semana Santa de Interés Turístico Internacional, cobraron por entrar en la Catedral y alguien voceó a los cuatro vientos que había encontrado el santo grial en León. Pusieron un trenecito sin vías por la ciudad y unas moscas a precio de oro.

Las personas

Pero se olvidaron de la gente, ¡leche! De las personas que habitan la ciudad. Se olvidaron tanto de la gente que ya no se acordaban de que existían salvo cuando tenían que hacerse una foto rodeados de niños y niñas o llegaba la época de votar y llenar las urnas.

La gente también se olvidó de su existencia. Se convirtieron en fantasmas satisfechos flotando en la corriente de euforia. Hasta que los que jugaban al monopoly empezaron a expulsarles al extrarradio, como a los judíos hace siglos. Esto es para las procesiones, aquello para el turismo, ese local para el banco, ese palacio para el amigo americano, esos trozos de calle para la ORA y las terrazas... De todo hicieron negocio. Sin contar con la gente. Como diría el simpár Laudino García, histó-



DE LAS VACAS GORDAS
SE NUTRIERON TODOS
LOS ESPECULADORES Y
AHORA QUE ESTÁN
FLACAS NO PAGAN NI
LA LECHE Y TRAFICAN
CON LA GENTE Y CON
LA MÚSICA

rico alcalde comunista (luego socialista) de Igüña, recientemente fallecido: «Hicieron un pan como unas hostias».

Los pájaros

León, la ciudad en la que planean meter el Conservatorio de Música en los bajos del campo de fútbol. La ciudad donde se gastaron casi dos millones de euros en comprar un órgano nuevo para mayor gloria de la Catedral no tiene dinero para hacer un conservatorio nuevo (en La Palomera, como se prometió) o restaurar el que ya existe y, si hace falta ampliarlo, que hay parcela libre en Santa Nonia. Hablan de trasladar el conservatorio como si fuera una caja de cerillas. O un ataúd al cementerio. No interesan los músicos, ni las músicas. Sólo las bandas importan. Y los de su bando.

Si la gente no lo remedia, van a meter cuatro millones más en el campo de fútbol —que nos costó 30 millones de euros— y a mandar con la música al otro lado del río a las nuevas generaciones. Van a matar dos pájaros de un tiro mezclando con los balones de fútbol y las peñas de la Cultural a la Dirección Provincial de Educación.

Los barrios

Y van a liquidar definitivamente el barrio de San Claudio, el viejo barrio italiano, condenado a ser un geriátrico sin música y sin ruido. Sin el palpito de la vida que empieza cada curso y agita la calle. Los equipamientos públicos son entes vivos que nutren el entorno y se alimentan de él. Y de la gente.

Un país, ni siquiera una ciudad, no se puede diseñar al margen de la gente. Pero lo hacen. Nos hacen tirar la leche y cerrar la cuadra en nombre de la Unión Europea y desvalijan la ciudad en nombre de las vacas flacas. De la gente que se ocupen, llegado el caso, las instituciones de caridad. Es natural que la pobreza se herede.

¡Ay, León! ¿Quo vadis? Sin vacas, sin leche, sin gente.

VANESSA
CARREÑO

EL PERFECCIONISMO QUE DUELE

Hay quien, cuando le preguntan por sus virtudes, piensa en el perfeccionismo. Y es cierto que querer hacer las cosas bien puede ser un punto a su favor. El problema es cuando nos volvemos esclavos de ello y empieza a amargarnos la vida. ¿Le suena?

Para saber si se pasa usted de perfeccionista, empiece por hacerse algunas preguntas:

—¿Le cuesta estar satisfecho con un resultado? ¿Se machaca diciéndose que debería haberlo hecho mejor? ¿No recuerda cuándo fue la última vez que se dijo a sí mismo «esto lo he hecho muy bien»?

—Si alguien le reconoce su trabajo o le felicita por algo, ¿piensa que tan sólo cumplía con su obligación? ¿Se fija mucho más en sus errores que en sus aciertos?

—Otro síntoma de los perfeccionistas es que viven en el «tengo que». Tengo que organizarme mejor, tengo que terminar esto hoy, tengo que ser más



fuerte... Se exigen siempre más y más.

—¿Le cuesta mucho delegar y no confía en que otro sea capaz de hacer las cosas tan bien como las haría usted? ¿Es incapaz de pedir ayuda y de reconocer que ya no puede más?

—Y, lo más limitante de todo, porque le impide avanzar: ¿Quiere hacerlo todo tan perfecto que, a menudo, si cree que no va a ser capaz de hacerlo así, lo posterga y al final no lo hace?

Si se identifica con la mayoría de estas preguntas seguramente viva usted en una especie de frustración permanente, siempre corriendo y con la sensación de que nunca llega.

Efectivamente, ser perfeccionista es agotador, porque uno no se permite relajarse, no vaya a ser que eso conlleve al desastre. Por ello se exige en exceso y se esfuerza el triple. Acumula estrés y sufrimiento y se convierte en una persona rígida que nunca disfruta del camino. Muchas veces, para nada. Porque el perfeccionismo no es sinónimo de éxito y resultados. Y, mucho menos, de satisfacción, bienestar y felicidad.

Así que empiece por tomar conciencia, dese cuenta del daño que le está haciendo y pregúntese si le compensa vivir exigiéndose tanto. En la respuesta a esas preguntas encontrará la clave para poder cambiar.

www.coachingtobe.es



LA JUSTICIA

ANDRÉS ABERASTURI

La Justicia en España va de prescripción en prescripción, de años y años, de legajos y legajos, de indultos y sospechas, de olvidos y recuerdos que de pronto salen a la luz cuando encarcelan a un chaval por un delito muchas veces estúpido cometido hace ni se sabe los años y que enderezó su vida y ahora es un hombre honrado que vive integrado en la sociedad. Todo su entorno se hace Fuenteovejuna para evitar el atropello. Pero le encarcelan. Y mientras esas cosas pasan inadvertidas o algún periódico las recoge en letra pequeña, la ciudadanía asiste atónita a cosas que resultan muy difíciles de entender

Creo que hay en los juzgados de Es-

paña unos tres mil casos por presunta corrupción y si no la mayoría de ellos, si al menos muchos, suelen aparecer en las primeras páginas de los diarios o abriendo los informativos. Pero es que llevan ocupando esas primeras páginas años y años, tantos años que la mitad de las cosas están felizmente prescritas para tranquilidad de los encausados y cabreo de los españoles. Y el que no se afora, el partido se encarga de aforarlo y si una juez —Alaya, por ejemplo— se toma en serio su trabajo, no se sabe cómo pero un buen día ocupa otro puesto y deja el marrón a quien la sustituye que —insisto: a los ojos de los pobres ciudadanos— no parece tener ninguna prisa en concluir la instrucción de los famosos Eres o sus temas adyacentes.

Y uno comprende que estos casos, co-

mo el Gürtel y casi todos los que tienen nombres propios, pueden ser complicados, pueden ser complejos y aún más si los que tendrían que dar ejemplo de colaboración con la Justicia se dedican a poner palos en las ruedas. Pero lo cierto es que la duración de los juicios, los recursos y la judicialización de tantas cosas que se deberían resolver en otros ámbitos, es verdaderamente escandalosa. No se entiende —y estoy segurísimo que con la Ley en la mano no hay ningún fallo— que estén entre rejas una serie de personas desconocidas de forma preventiva durante años, mientras otros se pasean y vacacionan alegremente con grandes apellidos pendientes aún de juicio y, para colmo, dando lecciones de moral cuando en la mente de todos está su más que evidente culpabilidad.